

En la Casa del Intérprete

CICLOGÉNESIS 6 | RAYO VERDE

R

En la Casa del Intérprete

Ngũgĩ wa Thiong'o

Traducido por Ana Rita da Costa García

La lucha de un pueblo como semilla del pensamiento de uno de los intelectuales más importantes de nuestra época.

Rayo verde
editorial

Primera edición: marzo 2018

Título original: *In the House of the Interpreter*

Copyright © 2012 by Ngũgĩ wa Thiong'o

© de la traducción del inglés, Rita da Costa

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2018

Diseño de la cubierta: Tono Cristófol

Fotografía/ilustración de la cubierta: Peter Mendelsund

Producción editorial: Marta Castell

Corrección: Marta Castell

Publicado por Rayo Verde Editorial

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª, 08015 Barcelona

www.rayoverde.es

 @Rayo_Verde  RayoVerdeEditorial

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B 4707-2018

ISBN: 978-84-16689-50-7

BIC: BM, BGHA, HBJH, HBTQ

Impreso en España - *Printed in Spain*

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Índice

-13-

1955

Historia de la casa y la escuela

-75-

1956

Historia de dos almas en conflicto

-127-

1957

Historia de la calle y la cámara

-161-

1958

Historia de dos misiones

-225-

1959

Historia del acecho de la jauría

-283-

Agradecimientos

Para la promoción de 1958:

*George Kinoti, Nicodemus Asinjo, John Wainaina, Elijah Nyanjui,
Philip Ochieng, Gerald Macharia, Archie Mbogho,
Joshua Omange, David Maringa, Samwel Mwanzia,
Joab Onyange, Dunstan Ireri, Joseph Mengo, Meshak Oluoch,
John Kang'ethe, John Kimanzi, George Ongute, Ishmael Gatuna,
Joel Kori, Nelson Auma, Alexander J. Amega, Archibald Githinji,
Andrew Kaingu, James Wafula, Samwel Githegi, David Mzigo,
Hiram Karani, Daniel Gatangi, Stephen Muna, Henry Chasia,
Erastus Ngunya, James Ngugi*, Kennedy Munavi, Elius Irongo,
Samuel Mungai, Peter Bambula, Joseph Gatuiri,
Livingstone Nkuruna, Stephen Swai, George Njoroge,
Ernest Likimani, Johana Mwalwala, Bethuel Kurutu,
Moses S. Kiarie, John G. Mgalu, Erastus Kiaritha, Joseph Njau,
Gilbert Kaisha, Julius Kitur, Evanson Mwaniki, Kamau Kiarri,
Benjamin Mogaka, James Giceru*

*Todos ellos contribuyeron de algún modo a mi
formación intelectual y espiritual.*

*Y en recuerdo de Kenneth Mbúgwa, que falleció mientras escribía
estas memorias.*

**Ngũgĩ wa Thiong'o*

Algo me espanta cuando más tranquilo me creía.
—Walt Whitman, «Este abono», *Hojas de hierba**

*Traducción de Eduardo Moga. (N. de la T.)



SUDÁN
DEL SUR

ETIOPÍA

UGANDA

SOMALIA

KENIA

GRAN VALLE DEL RIFT

Monte
Kenia

Meru

rio Tana

Nyeri

Embu

Limuru

Murang'a (Fort Hall)

Hell's Gate
Kamirithu

Gatundu

Kiambu

Banana Hills

Kikuyu

Nairobi

Colinas
de Ngong

Mutonguni

Kitui

Galole
(Hola)

TANZANIA

Manyani

OCEANO
ÍNDICO



1955

Historia de la casa y la escuela

I

Mi primer trimestre en el internado llega a su fin y me dispongo a volver a casa. Estamos en abril. Cuando me fui de Limuru en enero para entrar en la Alliance High School lo hice en el último vagón de un tren de mercancías en el que me metieron a hurtadillas, sin más compañía que las herramientas y la ropa de faena de una cuadrilla de obreros. Esta vez, en cambio, viajo en tercera clase con mi compañero Kenneth Wanjai. El vagón está abarrotado, no quedan asientos libres y nuestro uniforme escolar —compuesto por camisa y pantalón corto de color caqui y corbata azul— nos distingue de los demás pasajeros, africanos de piel negra que visten, quien más, quien menos, prendas desgastadas por el uso. La algarabía de sus voces, puntuada por alguna que otra carcajada, parece desmentir la fatiga de sus rostros demacrados. Cuando me apeo en la estación de Limuru me demoro en el andén y miro alrededor, saboreando mi regreso. El cobertizo donde se almacenan las mercancías, el puesto de bebidas, la sala de espera y los retretes exteriores con letreros que rezan «Solamente europeos», «Solamente asiáticos» y «Africanos» a secas siguen en pie, como mudos y maltruchos testigos del tiempo transcurrido desde que la estación se inaugurara en 1898.

Wanjai y yo nos separamos para seguir hacia nuestros respectivos destinos, él en el coche de su padre, yo a pie y sin compañía. Sólo entonces caigo en la cuenta de que

estoy volviendo a casa, donde me espera mi madre. Pronto, muy pronto, veré a mis hermanas y mi hermano pequeño. Les traigo una buena noticia: soy de los mejores de la clase. Seguro que mi madre me preguntará si lo he hecho lo mejor que podía, o quizá se decida por la variante «¿has quedado el primero?», y no tendré más remedio que confesar que he quedado por detrás de otro chico, Henry Chasia. Lo importante es que lo hayas intentado con todas tus fuerzas, me dirá entonces, sin disimular su orgullo. Voy a empararme de su sonrisa radiante, que siempre transmite calidez y un profundo afecto. Disfruto anticipando su reacción.

Con la mano derecha, sujeto mi caja de madera por el asa. No pesa demasiado, pero se balancea de aquí para allá y me azota las piernas. Al cabo de un rato, la cambio de mano; en el lado izquierdo me cuesta más llevarla, así que me la echo al hombro. Repito la secuencia: mano derecha, mano izquierda, hombro derecho, hombro izquierdo, y vuelta a empezar. Avanzo despacio. Dejo atrás el mercado africano, que parece desierto, un lugar fantasmagórico, sin más vida que la de unos perros callejeros que persiguen a una hembra en celo y se pelean por ella. Pero a mi mente acuden en tropel los recuerdos de infancia que tienen por escenario ese mismo lugar: el taller de mi hermano, la muchedumbre apiñada delante del Green Hotel para oír las noticias; el día que me caí de la bicicleta de Patrick Múrage. Subo a trompicones la cuesta que lleva al centro comercial indio. Hace casi dos años mi hermano, el Buen Wallace, bajó esta misma cuesta a la carrera y escapó por un tris a una lluvia de balas de la policía, pero no pienso consentir que los recuerdos dolorosos empañen mi primer regreso a casa como estudiante de la Alliance.

Para ahuyentarlos, invoco imágenes de mis años mozos en Limuru que se avengan mejor con mi estado de ánimo triunfal.

Lo primero que me viene a la mente es Onesmus Kihara Waruirũ. Conocido por su habilidad sobre la bicicleta, notorio exhibicionista por más señas, Kihara adoraba subir esta cuesta sobre dos ruedas. La gente se apostaba a un lado para animarlo con gesto de asombro y admiración mientras él remontaba la loma para llevar correo y paquetes al centro comercial indio. Ningún otro ciclista se las había arreglado para vencer la pendiente de una tacada sin apearse del vehículo. Kihara era nuestro ídolo ciclista, poseedor de una resistencia física sobrehumana.

Estoy tan enfrascado en mis pensamientos que apenas reparo en el paisaje que me rodea, pero de pronto la intuición me dice que he llegado a casa... o donde se supone que debería estar mi casa. Me paro, dejo la caja en el suelo, miro a mi alrededor. El seto de hojas grisáceas que plantamos sigue tal como lo recuerdo, pero, más allá de éste, nuestro hogar ha quedado reducido a una pila de escombros en los que se mezclan el barro seco quemado, la madera astillada y la hierba. La cabaña de mi madre y la choza sobre pilotes de mi hermano han quedado arrasadas. Mi casa, de la que salí con destino a la Alliance hace sólo tres meses, ya no existe. El peral sigue en pie, pero al igual que el seto de hojas plateadas, es un testigo mudo. Levanto la vista y de pronto caigo en la cuenta de que todo el poblado ha desaparecido. Los senderos que antes se entrecruzaban en todas las direcciones, uniendo las viviendas desperdigadas y convirtiéndolas en una comunidad, llevan ahora de una montaña de escombros a otra, tumbas de lo que otrora fueron. No hay un alma a la vista.

Hasta los pájaros que vuelan sobre mi cabeza o trinan en los setos parecen acentuar la sensación de vacío. Desconcertado, me siento sobre la caja de madera a la sombra del peral, como si esperara que comparta conmigo lo que sabe. Por lo menos el árbol desafía la devastación reinante, y como unas pocas peras maduras en medio de un silencio estupefacto. ¿Cómo ha podido una aldea entera, sus gentes, su historia, todo en definitiva, desaparecer así, como por arte de magia?

La visión de dos ratas que se persiguen entre los escombros me arranca de estas cavilaciones. Se me ocurre encaminar mis pasos hacia las únicas casas que siguen en pie pese a su aire fantasmal, las de los Kahahu, en busca de una respuesta. Una vez más, echo a andar a trompicones con la caja a cuestas. Veo a un hombre junto al seto y reconozco a Mwangi, uno de los trabajadores que siempre han servido con lealtad a la familia Kahahu. De niños lo llamábamos Mwangi wa Kahahu pese a que no había lazos de sangre entre él y los patrones. Siempre habían circulado rumores sobre las cosas que pasaban en la gran casa de la colina. Ahora él y yo somos los únicos seres humanos a la vista en medio de un paisaje desolador.

No me digas que no sabías que trasladaron todo el poblado a unos terrenos cercanos al puesto de mando de la milicia local. No, claro que no, acabas de llegar para pasar las vacaciones. Sube ahí arriba y lo verás con tus propios ojos, me dice, señalando en la dirección del cerro.

Mwangi me relata lo sucedido con toda naturalidad, ciñéndose a los hechos. Yo lo miro de hito en hito, esperando que se explaye un poco más, pero se marcha. En circunstancias normales se hubiese entretenido contándome alguna anécdota de la familia Kahahu, su tema de conver-

sación preferido, pero le faltan palabras. Escalo el cerro despacio, dejando atrás más montañas de escombros, piras funerarias de una comunidad rural reducida a cenizas. En lo alto de aquella loma, despojada ya de todo recuerdo, deposito la caja en el suelo y contemplo el valle a mis pies. Un nuevo paisaje de tejados de paja se extiende ante mí.

Olvida las imágenes del pasado, me digo. Distrarte no te servirá de ayuda. Coge tu caja y enfila el mismo camino que seguías para llegar a la escuela. Baja por la ladera del cerro hasta el valle, cruza el camino de tierra y deja atrás la charca de aguas turbias. Oblígate a seguir adelante. Eso es, vamos. Vamos. Vamos. Sigue adelante con tu caja a rastras.

Llego a la primera hilera de casas. Ante la escasez de hombres, que se han echado al monte o están entre rejas, las mujeres han tenido que sumar nuevos roles a los de siempre: alimentar y vestir a los niños, ir a por agua, trabajar en el campo, alargar la mano para cobrar una paga exigua y construir. Construir casas nuevas. Convertirlas en nuevos hogares. No tienen tiempo ni para inspeccionar el fruto de su trabajo. Hace falta un extraño, como yo, para ver aquello que ellas no alcanzan a ver. Todas las chozas están a medio construir, unas más avanzadas que otras. Milicianos armados patrullan los senderos del nuevo asentamiento. No hay tregua para nosotros, ni para nuestras madres, hermanas e hijos.

Pregunto a la gente, a todas las personas con las que me cruzo, si han visto a mi madre. Algunos me miran desconcertados y dicen que no saben a quién me refiero, otros se encogen de hombros o simplemente niegan con la cabeza y retoman la tarea que tenían entre manos. Pero algunos piden detalles sobre mi familia, la ubicación de nuestro

asentamiento en el poblado antiguo, y luego señalan una dirección en la que tal vez sepan darme más pistas.

Los antiguos poblados independientes de los distintos cerros se han concentrado en una sola aldea, bautizada como Kamíríthū, sin tener en cuenta la distribución original. No sé cómo, acabo encontrando a mi familia. Mi madre y la mujer de mi hermano están trabajando en el tejado y una de mis hermanas se encarga de pasarles los haces de paja desde abajo. Mi hermano pequeño y varios muchachos a los que no conozco están rellenando las paredes con barro. Mi hermano Njinjū grita al reconocermelo y los vecinos se vuelven en mi dirección. Mi hermana Njoki se seca las manos en el vestido y me estrecha la mano. *Tuge nĩ woka*, así que has vuelto, sentencia mi madre, levantando la voz, como si hubiese preferido que me quedara donde estaba. *Karibu*, dice mi hermano pequeño, en lo que es menos una bienvenida a la comodidad del hogar familiar que una invitación a arrimar el hombro. Busco un rincón, me quito el uniforme de la Alliance, me pongo ropa vieja y, en cuestión de segundos, estoy embarrado de pies a cabeza. No es así como había imaginado mi regreso.

¿Y la Alliance, donde he vivido ochenta y nueve días más de los que he pasado en este lugar? ¿Qué es para mí, ahora que esta aldea me recibe como a un forastero?

2

Cuando puse un pie por primera vez en los terrenos de la Alliance High School, el jueves 20 de enero de 1955, me sentía como si hubiese esquivado por los pelos a una jauría sedienta de sangre en lo que me parecía una pesa-

dilla interminable. Hasta ese instante, me había pasado la vida mirando hacia atrás, sin confiarme jamás. Desde la proclamación del estado de excepción en 1952, vivía con el constante temor a caer en manos de las fuerzas británicas, que estaban por todas partes y se dedicaban a perseguir a los guerrilleros anticoloniales del Mau Mau, fueran reales o imaginados. Ahora había encontrado un santuario, pero al otro lado de la verja la jauría seguía acechándome, agazapada y jadeante, a la espera del momento oportuno.

Aquellos edificios de piedra, levantados en un mismo lugar y todos para nosotros, se me antojaban una verdadera fortaleza, nada que ver con las chozas de adobe y techumbre de paja en las que había pasado toda la vida. Nuestros anfitriones, que según descubriría más tarde recibían el nombre de «prefectos», nos llevaron a dar un paseo por las instalaciones, al término del cual nos guiaron hasta nuestras respectivas «casas» y dormitorios comunes. Hasta la palabra «dormitorio» parecía evocar un lugar maravilloso, seguro y acogedor. Las camas estaban dispuestas en dos hileras enfrentadas. Entre unas y otras había cajoneras cuyos tableros lisos hacían las veces de mesas. Mi equipaje, que se reducía a una caja, cabía debajo de la cama. El dormitorio me recordó el ala del hospital King George en el que había estado ingresado a causa de mi afección ocular, con la diferencia de que no olía a hospital, sino a lavanda. Por primera vez en la vida tenía una cama de verdad, y para mí solo. A la mañana siguiente sentí la tentación de pellizcarme para convencerme de que no estaba soñando.

El viernes, mi segundo día en la escuela, nos matriculamos y presentamos el papeleo en la oficina administrativa; el sábado nos dieron el uniforme escolar, que consistía

en un par de pantalones cortos y camisas, todo ello de color caqui, dos camisetas de algodón —la blanca para usar como pijama, la roja como ropa de trabajo— y una corbata azul. Los alumnos no paraban de llegar, y ese primer fin de semana se me pasó volando, como si estuviera inmerso en un plácido sueño y todo a mi alrededor fuera perdiendo sus contornos, desdibujándose en una especie de niebla. El aullido de la jauría resonaba sobre el horizonte, convertido en un eco distante.

3

Fundada el 1 de marzo de 1926, la Alliance High School era fruto de una efímera alianza de misiones protestantes de la Iglesia de Escocia, la Sociedad Misionera Eclesiástica, la Iglesia metodista y la Misión del África Interior.¹ Era la primera escuela secundaria para africanos del país y el único vestigio de los felices tiempos de hermandad auspiciados por las misiones. Al terminar los estudios primarios, los niños africanos tenían ahora una alternativa a las escuelas de formación profesional.

La Alliance seguía las recomendaciones de la Comisión Phelps-Stokes para la Educación en el África Oriental de 1924, que tenía su sede en Nueva York. Esta comisión, financiada por la Fundación Phelps-Stokes, se había inspirado en el modelo educativo implantado en Estados Unidos en el siglo XIX para educar a los indígenas americanos y a la población negra del sur. Entre 1924 y 1925,

¹ La Misión de la Iglesia de Escocia se rebautizó como Iglesia presbiteriana del África Oriental en 1946, tras su fusión con la Sociedad Misionera Evangélica. La anglicana Sociedad Misionera Eclesiástica se convirtió a su vez en la Diócesis de Kenia. (N. del A.)

justo antes de ser nombrado oficialmente primer director de la Alliance, G. A. Grieves había viajado a Estados Unidos gracias a una beca de la Fundación Phelps-Stokes para estudiar este sistema, lo que implicaba una peregrinación casi obligada a Tuskegee y Hampton. El Virginia Hampton Institute, fundado en 1868 por el general Samuel C. Armstrong, hijo de un misionero establecido en Hawái, y el Tuskegee Institute de Alabama, fundado en 1881 por Booker T. Washington, exalumno de Hampton y protegido de Armstrong, fueron los modelos a seguir. Estas escuelas inspiraron dos corrientes educativas casi opuestas entre sí: la primera se basaba en el principio de autogestión y la segunda tenía por objetivo dotar de conciencia cívica a la población negra para que se adaptara al marco del Estado racial existente.² La Alliance se puso en marcha impulsada por este espíritu. El lema de la escuela, «Fuertes para servir», y su himno, un canto a la fortaleza de cuerpo, mente y espíritu, eran una reinterpretación del ideal de Armstrong consistente en aunar cuerpo, corazón y manos. El mismo ideal se repetía en la plegaria de la escuela: «Toma, Señor, nuestro Dios, esta escuela bajo tu protección; que su obra llegue a buen puerto y su vida sea dichosa. Que de ella puedan salir, fuertes de cuerpo, mente y espíritu, hombres que en tu nombre y mediante tu poder sirvan fielmente a sus semejantes».

Si bien la Alliance, que en sus comienzos impartía un ciclo formativo de dos años, defendía el carácter troncal

2 Incluso en Estados Unidos, este sistema no siempre arrojó los frutos esperados, como demuestran las actividades de Simbini Mamba Nkomo, fundador y secretario ejecutivo de la Iniciativa Panafricana de la Unión Estadounidense de Estudiantes Africanos, así como el malestar ante la discriminación que se produjo en las facultades afroamericanas, incluida Hampton (1924-27). Kenneth King, *African Students in Negro Colleges: Notes on the Good African* (Phylon, 1960), vol. 31, nº 1970, p. 29. (N. del A.)

de los estudios literarios, el espíritu pragmático del modelo estadounidense en que se inspiraba pervivió en asignaturas como carpintería y agricultura. Y al igual que las escuelas en las que se inspiraba, formaba sobre todo a maestros, algunos de los cuales trabajarían más tarde en centros educativos de las misiones y del gobierno y en las escuelas independientes africanas, hasta su prohibición. Este modelo habría de permanecer prácticamente intacto hasta 1940, cuando Edward Carey Francis asumió el puesto de director e injertó un currículum humanístico de cuatro años en el tallo estadounidense de formación profesional.

Carey Francis veía en la Alliance una oportunidad magnífica para forjar desde el punto de vista moral e intelectual a una futura generación de líderes capaces de manejarse entre extremos opuestos, ideal que plasmó en una carta fechada el 24 de abril de 1944 y dirigida al reverendo H. M. Grace, Edinburgh House, Eaton Gate:

La tensión racial en Kenia es preocupante. Ambos bandos tienen su parte de culpa. Muchos europeos ven con suspicacia las misiones y la idea de educar a la población negra (lo consideran «malcriar a los nativos»), aunque la situación ha mejorado mucho respecto al pasado; entre los africanos, por su parte, existe una suspicacia innata hacia los blancos. Un hombre que intente cumplir con su deber puede estar seguro de que le lloverán las críticas desde ambos lados, agravadas por el hecho de que seguramente cometerá errores. Pero al mismo tiempo se nos presenta una magnífica oportunidad. La mayoría de los futuros líderes del país pasan hoy por nuestras manos.



Edward Carey Francis, en una imagen tomada durante la conmemoración del 75º aniversario de la Alliance High School (1926-2001).

En otro escrito, Carey Francis relata que, a su llegada a Mombasa en octubre de 1928, un hombre con el que había trabado conocimiento durante la travesía le recomendó en un aparte, sin duda con la mejor de las intenciones, que se cuidara de no hacer nada con sus propias manos, ni siquiera para rescatar su equipaje mezclado por accidente con el de otros pasajeros, pues eso supondría «perder todo prestigio a ojos de los nativos».³ Sin embargo, los muchachos africanos a los que conoció en su primer puesto como director de la Maseno High School hacían gala de una cordialidad natural y una caballerosidad innata, materias primas que podrían moldearse en la dirección adecuada.

Debió de llegar a la Alliance imbuido de ese espíritu, y para entonces la escuela se había destacado por fomentar un tipo de liderazgo esencialmente cooperativo. Sin embargo, contrariando las intenciones conscientes de sus fundadores, también se había destacado por ser la cuna de una fiebre nacionalista y anticolonialista de tintes radicales. Por irónico que parezca, la Alliance había subvertido en su propia estructura el sistema colonial al que supuestamente debía servir, y Carey Francis, condecorado con la orden del Imperio británico, habría de revelarse como un firme partidario de subvertir el orden colonial. La presencia de africanos en el cuerpo docente, en condiciones de igualdad respecto a los profesores blancos, desautorizaba —al menos a ojos de los alumnos— la discriminación racial y el desprecio del africano como un ser supuestamente inferior. Es más, algunos de aquellos profesores negros resultaron ser más eficientes en las aulas que sus homólogos blancos. Pero al margen

³ L. B. Greaves, *Carey Francis of Kenya* (London, Rex Collins, 1969), p. 6. (N. del A.)